

Jehudáh-ha-Leví en su libro de *Cuzary*, escrito en lengua arábiga y trasladado á la hebrea por Rabí Jehudáh-Aben-Thibon, era puesto en contribucion por Moséh Sephardí, convertido ya al cristianismo, segun oportunamente observamos <sup>1</sup>. Antes de que el monje de Haute-Selve [Alta Silva] hiciera la traduccion ó imitacion latina sobre un texto hebreo, debido acaso á los rabinos españoles; antes de que Hebers, tomándolo de una version francesa, metrificara aquel mismo tratado <sup>2</sup>, se habia hecho familiar á mahometanos y judios, íntimamente asociados en el cultivo de las ciencias y de las letras bajo la dominacion de los Califas cordobeses. Los apólogos de la *Disciplina Clericalis*, aunque lejanos de su primitiva fuente, pues que el mismo Pedro Alfonso declara que los habia tomado de libros arábigos <sup>3</sup>, trajeron pues á la literatura latino-eclesiástica la *forma simbólica*, cuando apenas se habia podido ensayar el habla de los castellanos en los cantos de la indocta muchedumbre: hecha ya lengua literaria y ejercitada así en la poesia como en la prosa, preparábase á reflejar aquellos desconocidos tesoros, que hermanados con los del *Pantcha-Tantra* y sus derivaciones, iban á comunicar nuevo impulso á la literatura española, propagándose despues á todas las europeas <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Véase el cap. XIV de la I.<sup>a</sup> Parte.

<sup>2</sup> Ginguené, *Hist. litt. d' Italie*, tomo III, cap. XVI. La version del monje Juan de Alta Silva es conocida con el título de *Dolopathos ó Roman du Roi et des sept Sages*.

<sup>3</sup> Véase el cap. XIV de la I.<sup>a</sup> Parte, citado arriba.

<sup>4</sup> Al mencionar por vez primera el curioso libro de Pero Alfonso [*Disciplina Clericalis*], manifestamos que el señalado crítico Mr. Adolfo de Puibusque habia dado á luz una excelente *disertacion sobre el origen del Apólogo español*, concediendo á nuestra literatura la gloria de haber introducido en las occidentales la forma simbólica. El trabajo de Puibusque es tan luminoso, que no consiente dudas sobre el referido aserto: lástima que, segun observamos en el lugar citado, no haya podido este ilustrado escritor establecer la tradicion, siéndole desconocidos diferentes libros, que como el de los *Assayamientos et engannos de las mogieres*, el de los *Enseñamientos et castigos de Alexandre*, el de los *Bocados de oro* y otros que adelante examinaremos, hubieran contribuido sin duda á dar mayor realce á las investigaciones con que ha ilustrado su traduccion del *Conde Lucanor*, haciendo con ella un verdadero servicio á las letras españolas.

Mas así como no puede dejar de reconocerse que introduciéndose en la latino-eclesiástica con la *Disciplina Clericalis* á fines del siglo XI ó principios del XII, se abrió al apólogo oriental expedito camino para comunicarse directamente á la castellana, lícito es observar que halló en parte dispuesto el terreno por la misma tradicion clásica, que hemos reconocido en todos los pasos dados por las letras en medio de la oscuridad de los precedentes siglos. Sea ó no el frigio Esopo el Lokman de los árabes, es para nosotros evidente que la poesia griega recibió de la India la forma simbólica, desemejante si no contraria á la unidad y perfecta armonia de la idea y su manifestacion exterior, carácter principal y base de la literatura helénica <sup>1</sup>. Aceptóla al señorearse de Grecia la romana; y docto en el conocimiento de los historiadores y poetas que florecieron en aquel privilegiado suelo, cultivóla primero el español Hijino, y algo adelante el celebrado Fedro, quien seguia de continuo é invocaba con grande veneracion la autoridad de Esopo. Tres siglos despues, ya en el IV de la Iglesia, ponía Aviano en versos elegiacos las mismas fábulas, acudiendo sin duda á la version griega del esclavo frigio, perdida ú olvidada la imitacion de Fedro; y recogidas, al comenzar del siglo VII, por el doctor de las Españas las principales tradiciones del arte antiguo, no solamente manifestaba que le eran conocidas aquellas peregrinas producciones, sino que atendia tambien á clasificarlas de una manera filosófica <sup>2</sup>.

Así, destinado el libro de las *Ethimologias* á la enseñanza del clero, que le conserva y trasmite, parecian aclimatarse en la literatura latino-eclesiástica tanto la nocion como la forma simbólica, llegando por último á tomar cuerpo en versos lati-

<sup>1</sup> San Isidoro apunta que fué Alemon de Crotona el primero que cultivó en Grecia el apólogo, señalándole como su inventor. «Has [fabulas] primus invenisse traditur Alemon Crotoniensis: apellantur aesopicae, quia is apud Frigiam in hae repollebat» (*Originum*, lib. I, cap. XXXVIII).

<sup>2</sup> Decia el Santo: «Sunt autem fabulae aut aesopicae aut libysticae. AEsopicae sunt, quum animalia muta inter se sermocinasse finguntur, vel quae animam non habent; ut urbes, arbores, montes, petrae, flumina. Libysticae autem dum hominum cum bestiis, aut bestiarum cum hominibus fingitur vocis esse commercium» (*Origin.*, ut supra).



nos, distintos de los de Aviano y de Fedro, si bien atesorando la mayor parte de los apólogos que uno y otro habían traducido de la literatura griega. Comprobación de esta verdad es sin duda un curioso libro, que con el nombre de *Hortulus* ha llegado á nuestros días, escrito al parecer en la primera mitad del siglo XIII y digno de singular estudio; pues componiéndose de cincuenta y nueve apólogos, cuyo primer origen reconocen casi todos en el libro de Esopo, dan claro testimonio de que no se atuvo el autor á la imitación de Fedro, siguiendo otra versión distinta y generalmente aplaudida por los eruditos <sup>1</sup>. Es pues innegable que, aun señalando á la forma simbólica una misma cuna y procedencia, lo cual no puede ponerse en tela de juicio sin temeridad reprehensible, pudo llegar al Rey Sabio por dos distintos senderos, no siéndole en modo alguno despreciable la tradición latina, cuando sabemos que «metrificaba altamente» en aquella lengua, según la autorizada expresión del marqués de Santillana <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Debemos notar que no sólo difiere la versión, sino que se hallan en este libro algunas fábulas de todo punto diversas de las de Fedro y muy parecidas á las del converso Pedro Alfonso: otras son enteramente peregrinas. Para demostrar no obstante cómo se altera la tradición de las fábulas esópicas, citaremos la tan conocida *Canis per fluvium carnem ferens* (IV.<sup>a</sup> del lib. I de Fedro), que lleva en el *Hortulus* el título *Canis et umbra*. Dice así:

Nat canis, ore gerit cornem, caro porrigit umbram.  
Umbra coherens aquis, has canis urget aquas;  
Spem carnis plus carne cupit, plus fenore signum  
Fenoris os aperit; sic caro spesque perit.  
Non igitur debent per vanis certa relinqui.  
Non sua siquis avet, mox caret ipse suis.

Advirtiendo de paso que esta fábula tiene su origen en el *Pancha-Tantra*, será bien consignar que el Ms. del *Hortulus*, que es un tomo en 4.<sup>o</sup>, conservado en la Biblioteca Nacional, M. 110., contiene varias poesías elegiacas de la edad media y la fábula de *Alcmena* y *Anfitrión* (fól. 60), empezando los apólogos en el fól. 82 v., con una breve y graciosa introducción, que parece original del poeta ó traductor latino. Comienza así:

Dulcius arident seria picta iocis:  
Oarulus iste parit fructum, cum flore favorem.  
Flos et fructus emunt, hic sapit, ille nitet.  
Si fructus plus flore placet, lege fructum; si flos  
Plus fructu, florem; si duo, carpere duo, etc.

<sup>2</sup> Carta al Condestable de Portugal, núm. XVI de nuestra edición de las *Obras del Marqués*.

Vivo no obstante en su ánimo el efecto que produjo el espectáculo de la civilización arábiga, sorprendida de lleno en las comarcas de Andalucía y de Murcia; dominado de aquel ilustrado afán que le distingue en toda su vida, y obedeciendo sin duda al impulso dado por el tercer Fernando, aspiró el nieto de doña Berenguela á poseer los tesoros de la filosofía moral, recogidos en los libros de la antigua India, y transferidos ya á nuestro suelo por hebreos y mahometanos. Servíanle también de incentivo los celebrados libros de los *Doce Sabios* y de las *Flores de Philosophia*, monumentos escritos ambos en cierto sentido didáctico, donde se había insinuado el apólogo; y aquella forma que penetrando primero en las Sagradas Escrituras <sup>1</sup>, animó un día la elocuencia de Demóstenes <sup>2</sup>, ensayada en la poesía heróico-erudita de los vulgares <sup>3</sup>, venía finalmente á revelarse por completo en la prosa castellana, no asentado aun el Rey Sabio en el trono de sus mayores. Ora mandándola traducir, ora poniéndola él mismo en el

<sup>1</sup> *Liber Judicum*, cap. IX, versíc. 8 al 15 inclusive. La fábula de los árboles, pidiendo rey, es una de las más bellas que pueden idearse.

<sup>2</sup> *Oratio adversus Philipum*.

<sup>3</sup> El apólogo, á que antes de ahora hemos aludido, tomado de la *Disciplina Clericalis*, se contiene en el *Poema de Alexandre*, y dirigido á reprender la envidia, está concebido en los siguientes términos:

2197 Diz que dos compañeros | de diverso semeiante,  
El uno envidioso, | et el otro cobizante,  
Ficieron ambos carrera, | por mantener verdade;  
Fallaron un ricome | de corpo bien estante.  
1198 Prometióles grant promesa | ante que ende se partiesse,  
Que pedisse el uno | lo que sabor ouiesse;  
A ese darie todo | quanto quel' pudiesse,  
Al otro el doblo tanto | que postremas pediesse.  
2199 Calló el cobdicioso, | non quiso deçir nada,  
Porque podier leuar | la ración dobrada:  
Quando entendió l'otro | esta mala celada,  
Quiso quebrar d'envidia | por medio la corada.  
2200 Asmó en su coraçon | un fuerte pedido,  
Qual non fué en el sieglo | nen visto nen oido:  
—Señor, diz, tú me tuelle | el oio más querido;  
Dobra al compañero | el don que te pido.  
2201 Fizo el ome bono | desto maraviellado;  
Del ome envidioso | fué mucho despagado:  
Vió que envidia es | tan mortal peccado,  
Que non es por nul viçio—ome tan mal damnado.



habla de la muchedumbre, traía pues este príncipe á la literatura española la renombrada compilación, sacada del *Pantcha-Tantra* con el título de *Calila et Dimna*, en 1251; y dos años adelante, siguiendo su ejemplo, acaudalaba el infante don Fadrique la misma literatura con la versión del no menos celebrado *Libro de Sendebár*, designándola con el nombre de *Libro de los Assayamientos et Engannos de las mogieres*; obra de todo punto desconocida hasta hoy de los eruditos nacionales y extranjeros. Pasaba la primera al castellano por medio de una traducción latina, sacada de otra árabe, que era sin duda la ya citada de Abdalláh-Ebn-Almoccáfí, y derivábase el segundo directamente del árabe; si bien una y otro, sometiéndose á la ley general que domina nuestra civilización, reflejaron desde luego los sentimientos y creencias de nuestros padres <sup>1</sup>.

El ejemplo dado al Rey Sabio por las razas orientales, aunque produciendo otras versiones ó imitaciones dignas de la estimación crítica, no se circunscribía sin embargo á la amena literatura. Puestas las miras del príncipe de Castilla en otras empresas, y levantado su espíritu á las regiones de las ciencias, cuyo cultivo había tomado extraordinario incremento desde los tiempos de Alfonso VIII, quiso también enriquecer la cultura española con los despojos científicos de árabes y hebreos; y mientras la vencida civilización de los Califas buscaba en Granada nuevo asilo, quedando huérfanos los maestros universales [רבנים] de los judíos, abría don Alfonso las puertas de su palacio á los sectarios de Mahoma, á quienes ilustraba todavía la doctrina de sus filósofos, y patrocinaba á los rabinos con protección inusitada. Las célebres Academias [אקדמיות] de Mehasiáh y Pombeditáh, trasladadas á Córdoba por Rabí Mosé y Rabí Hanoc, al mediar del siglo X [948], y depositarias allí de todas las tradiciones de las ciencias y de las letras entre los hebreos occidentales, eran recibidas bajo los auspicios del Rey Sabio, quien mirándolas como uno de los más preciosos ornamentos de sus dominios, dábalas en Toledo privilegiado albergue, preparando así la peregrina tras-

<sup>1</sup> Véase en el siguiente capítulo la descripción y juicio de estos peregrinos libros.

formación que iba á experimentar la cultura de aquel desdichado pueblo <sup>1</sup>.

Digno es por cierto del mayor estudio, y antes de ahora hemos consagrado á este punto algunas vigiliás. Aquellos celebrados rabinos, que libertaron del naufragio padecido en las regiones orientales las reliquias de la lengua santa, y con ellas la respetada doctrina de sus tradiciones, abrigaban al poner en Córdoba sus academias, la patriótica esperanza de legar á las generaciones futuras en toda su pureza el depósito por ellos custodiado. Mas no comprendieron que al invocar la protección de los Califas cordobeses, sometían lo porvenir de su cultura y de su lengua á la cultura y lengua de los árabes, perdida su existencia política y forzados á reconocer la supremacía del pueblo mahometano. «Durante su permanencia entre los árabes orientales, entre los *ulemas* de Córdoba (escribamos), los rabinos de las academias se habían empaado, digámoslo así, en su literatura y en sus ciencias: sin otros estudios que los *talmúdicos* y *misnáticos*, desposeídos ya del espíritu de nacionalidad é independencia, que constituye la vida de los pueblos, sin estímulo de verdadera gloria, cultivaron las ciencias que poseían los musulmanes, y rindieron el tributo de su admiración á su literatura, tenida por la más rica, la más brillante entre todas las literaturas de aquella época. Los hebreos de Córdoba escribieron pues muchas de sus más apreciables obras en la lengua árabe, guiando sus plumas

<sup>1</sup> Es por extremo curioso el observar cómo el príncipe don Alfonso, aun antes de la muerte del Rey Santo, había procurado dar cima á las empresas científicas que empiezan á llamar la atención del mundo sabio en el primer año de su reinado. Tratando de sus famosas *Tablas astronómicas*, decían sus autores: «Et todas estas rayzes (observaciones) sobre que se fundan estas *Tablas* et todas sus obras (trabajos astronómicos preparatorios y fundamentales) son fechas et compuestas al medio día de la ciudad de Toledo, que es la ciudad en que fué este notable acaescimiento de la nascencia de nuestro señor (don Alfonso)». Los autores de las *Tablas*, que adelante conocerán nuestros lectores, fijan perfectamente la situación del observatorio, construido en la parte meridional de Toledo por el nieto de doña Berenguela. Quede pues sentado que antes de mediar el siglo XIII era debido á la munificencia de los reyes de Castilla un establecimiento, de cuya posesión no pueden jactarse aun todas las naciones modernas.



«el mismo espíritu que animaba al pueblo sarraceno: La literatura rabínica, que había nacido de la misma manera que la de los árabes; que se había empleado, como esta, en las explicaciones y comentarios de los libros sagrados, llegó á ser en la corte de los Califas cordobeses enteramente musulímica, no pudiendo sustraerse á la influencia de aquel pueblo ilustrado»<sup>1</sup>.

No otro es el espectáculo que la raza proscrita ofrece en el largo período de tres siglos, durante los cuales, según la ingenua confesión de los más afamados rabinos, casi llegó á olvidarse la lengua de sus mayores, perdida toda su elevación y pureza; y mientras en la primera mitad del siglo XI hacían notables esfuerzos para conservarla un Rabbí Samuel ben-Chophni, un Rabbí Isahak-bar-Baruq y un Rabbí Jehudáh-ben-Barsili, veíanse obligados á cultivar la arábica los hombres de más ciencia y talento, deseosos de que no fueran sus trabajos, ni estériles de todo punto, ni fácilmente olvidados. Pero lo que llama todavía más la atención de la crítica es sin duda el considerar que los mismos escritores hebráicos que más se duelen de la postración y decaimiento de la lengua santa, los mismos que se preciaban de ser sus restauradores, empleaban el idioma de los musulimes para componer las obras, en que aspiraban á mayor galardón científico ó literario. Esta enseñanza debemos en efecto al estudio de la historia de las letras judáicas: Rabbí Samuel Jehudí, autor de la famosa *Carta á Rabbí Isahák de Marruecos*; Rabbí Selemóh-ben-Gabirol, que mereció en su tiempo el renombre de *maestro de los cánticos* y se distinguió cual filósofo moralista en su *Colección de Rubíes*, y Rabbí Isahák-ben-Reuben, aplaudido por sus *Exortaciones* poéticas, señalábanse todos dentro del mismo siglo XI como aficionados y felices cultivadores de la lengua y literatura arábica<sup>2</sup>. Seguían sus huellas en el XII, si bien con mayor fortuna, los encomiados Rabbí Moséh-ben-Mayemon, apellidado vulgarmente Maiimonides; Rabbí Moséh Jehudáh-ben-Thibon Marimon, que llevó el título de *padre de los traductores*; Rabbí Jo-

<sup>1</sup> *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*, Introducción.

<sup>2</sup> *Id.*, id. Ensayo II, cap. I.

náh ben Ganaj, *príncipe de los gramáticos*; Rabbí Jehudáh Levi ben Saul, *el divino poeta*, y finalmente el esclarecido Abraham ben-Meir-aben-Hezra, varón consumado en las artes liberales, peritísimo en las ciencias sagradas y superior á todos sus coetáneos en las matemáticas<sup>1</sup>.

Dominados pues de aquella ley superior que los avasallaba, contribuían los hebreos en el suelo mahometano al desarrollo de las letras y de las ciencias cultivadas por los árabes.—Habíanse estos consagrado con persistente anhelo al estudio de la filosofía, de la astronomía, de la medicina, de las matemáticas y de las ciencias naturales, floreciendo en todos estos ramos, así como en el de las letras, muchos y muy señalados varones<sup>2</sup>.—Ciertamente es que apenas puede citarse una ciencia, en que mostraran originalidad, reducidos como estaban á ser meros depositarios del saber del antiguo mundo, y que empeñados en la escabrosa tarea de comentar los libros traídos á la lengua arábica desde los tiempos de los Califas orientales, consumieron con poco fruto las fuerzas de su inteligencia, llenando de oscuridades y malezas las mismas obras que intentaban ilustrar con sus anotaciones y comentarios.—Plinio y Dioscórides, Hipócrates y Galeno, Euclides y Apolonio Pergeo, Ptolomeo y Aristóteles dieron con sus libros abundante materia y no poco ejercicio á los ingenios árabes, que al mediar el siglo XII hallaban digno representante de su cultura intelectual en el celebrado Abulvalid Mahomad-ben-Ahmad-ben-Roschd, cuya influencia en los estudios filosóficos sólo puede comprenderse, cuan-

<sup>1</sup> *Id.*, id., cap. II.

<sup>2</sup> Largo es en efecto el catálogo, formado por los autores de *Bibliotecas Orientales*, respecto de los ingenios arábigo-hispanos que se distinguieron en el cultivo de las ciencias. Como una prueba de los que se dedicaron á las letras, y en especial á la poesía, pueden verse los números CCCLIV y CCCLV del tomo I de la *Bibliotheca arabico-hispana Escorialensis*, pág. 93 y siguientes: en el primero se mencionan hasta ciento un poetas; en el segundo cincuenta y nueve, debiendo advertirse que se trata sólo de los más insignes [insignorum]. Nuestro amado discípulo, don Francisco Fernandez y Gonzalez, siguiendo las huellas del docto alemán Hammer Purgstall, ha aumentado considerablemente este número en los *Estudios críticos y literarios sobre los árabes de España*, obra á que dará en breve cumplida cima.



do le hallamos colocado por el Dante entre los sabios de la antigüedad, como una de las principales lumbreras de la ciencia, exclamando al contemplarle:

Averrois, che'l gran comento feo <sup>1</sup>.

Mas cualquiera que fuese el carácter de los estudios filosóficos y científicos entre los árabes; cualquiera que fuese su extension y el predominio que alcanzaron sobre la raza hebrea, la cual contribuia tambien por su parte á su cultivo y desarrollo, licito es consignar que no habian podido tener activa influencia en el pueblo cristiano hasta la primera mitad del siglo XIII, vistos con entera aversion y menosprecio por los cultivadores de la literatura latino-eclesiástica, únicos á quienes era dado apreciarlas. Ni cabe tampoco poner en duda que encerradas en el círculo de los comentarios y apostillas, y pervertidas por las vanas especulaciones de la astrologia y de la cábala, si tuvieron la filosofia y las ciencias de judios y musulimes copioso número de escritores en el suelo de la Península, no por esto dejaron de ser menos antipáticas á la *clerezía*, rechazadas al propio tiempo de sus escuelas, donde se habia conservado con toda pureza la acreditada doctrina de Isidoro. Necesario era que aquella animadversion y constante odio, que aquel antagonismo de ambas civilizaciones, sostenido por los furios del hierro y del fuego en la forma ya en otro lugar reconocida <sup>2</sup>, se templaran algun tanto para producir resultados de recíproca utilidad é influencia; y este momento, preludiado por los sucesivos y multiplicados triunfos alcanzados sobre la morisma, podia llegar únicamente cuando acorralada esta en un rincón de Andalucía, reconociera el señorío de los reyes castellanos. Sólo en este instante debia contribuir la cultura arábica á enriquecer la civilizacion española; pero no ejerciendo desde luego directo influjo sobre la muchedumbre, como universalmente se ha juzgado; no trayendo á nuestra literatura las formas de su poesia y el ejercicio de sus costumbres, segun se ha pretendido sin criterio; sino ofreciendo á los vencedores el tributo de sus

<sup>1</sup> *Divina Commedia*, canto IV del *Inferno*.

<sup>2</sup> I.<sup>a</sup> Parte, cap. XV, pág. 278 y siguientes.

ciencias, que envueltas en la ruina de su imperio, se sometian á la fecunda y trascendental idea, que abrigada por el hijo de Fernando III, iba á dar al pueblo cristiano en el terreno de la inteligencia la misma supremacia que le habian conquistado sus aguerridas huestes en el campo de batalla.

Hermanados árabes y hebreos en los estudios filosóficos y científicos, vencidos unos y dominados otros por nuevos señores, mientras cobijaba á los segundos la misma suerte que les habia cabido en el suelo de Córdoba, procuraban los primeros hacerse aceptos al ilustrado principe, en cuyas manos habian caido las más fértiles y poderosas comarcas de sus antiguos dominios; y congregados por el Rey Sabio en las famosas academias de Toledo, acometian bajo su direccion inmediata las más árduas empresas científicas, de que daban insigne testimonio en el primer año de su reinado las aplaudidas *Tablas astronómicas*, que llevan todavia su nombre. Mas para que fuese más clara y palpable la iniciativa de don Alfonso, para que resaltara con mayor fuerza la posicion en que se habia colocado respecto de los sabios de ambas razas reunidos á la sombra de su trono, aquellos trabajos en que se iban á tratar y á resolver acaso las más difíciles cuestiones de la astronomia y de la fisica, se formulaban en la lengua hablada por la muchedumbre, presentando así uno de los más peregrinos fenómenos que ofrece en los tiempos modernos la historia de las letras. Promoviendo, alentando, dirigiendo y pagando con munificencia de principe tan útiles y meritorias tareas, eclipsaba el nieto de doña Berenguela la fausta memoria del Augusto de los árabes, y preciándose de entendido en el cultivo del idioma patrio, apenas ensayado en la prosa, bien que enriquecido ya por la poesia, mostraba palpablemente que no sólo anhelaba imprimir determinado carácter á las empresas llevadas á cabo en las academias toledanas, sino que atendiendo tambien á los perfiles del lenguaje y del estilo, procuraba sobreponer su lengua á todas las habladas á la sazón en la Península <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Este pensamiento del Rey Sabio, confirmado en todo lo que se escribe bajo su direccion y sus auspicios, se halla conforme con los intentos políticos que abriga, segun despues veremos. Conocido es tambien el pasaje del pró-



Pero este celo de sabiduría, que los antiguos cronistas castellanos caracterizan perfectamente, asegurando que mandó romanizar el Rey Sabio cuantos libros había en España, si buscó entre las razas orientales el noble alimento que ambicionaba, no desdenó en modo alguno la ciencia guardada en las escuelas cristianas desde los tiempos más remotos, dirigiendo principalmente sus esfuerzos á hacer de todos conocida la doctrina de Isidoro, consignada en el aplaudido libro de las *Ethimologias*. Era este universalmente leído en las aulas, y reflejando, según advertimos en su propio lugar, todos los conocimientos científicos y literarios del antiguo mundo, había conservado en medio de la oscuridad de los siglos la noción pura de la filosofía aristotélica, trasmitiéndola á otras naciones de Europa, cuando más cerradas estaban las tinieblas de la barbarie y apenas poseía el clero los más groseros rudimentos de la lengua del Lacio<sup>1</sup>. Traer pues al acervo común tan venerada doctrina, ya para templar las exageraciones, ya para corregir los errores de la filosofía arábigo-hebraica, era deber principalísimo en quien al propio tiempo que pretendía conquistar la ciencia de otras naciones, no rehusaba el tributo de su respeto á la tradición de la cultivada por sus padres; y la obra memorable del doctor de las Españas fué también trasladada al romance de Castilla, para representar en la historia de aquel extraordinario movimiento, abanderado en el Rey Sabio (si es lícito decirlo así), el principio de la nacionalidad científica de la Península Ibérica.

Ni dejaba don Alfonso de consignar de una manera solemne el doble afecto que le inspiraba la ciencia de árabes y hebreos y la ciencia de los cristianos: dos años después de subir al trono de sus mayores fundaba en Sevilla «estudios et Escuelas Generales de latin et de arábigo», y estatuyendo en las primeras las enseñanzas

logo del libro de la *Espera* [esfera], donde el mismo rey declara «que tolló las razones que entendió eran sobeianas et dobladas et que non eran castellano derecho et puso las otras que entendí que complian, et en quanto ven el lenguaie endereçólo el por sí» (*Estud. hist., poltt. y lit. sobre los ju-dios*, Ens. II, cap. III).

<sup>1</sup> Véase el cap. XV de la I.<sup>a</sup> Parte, pág. 268 y siguientes.

de gramática, lógica, retórica, aritmética, geometría, música y astronomía, que formaban el *trivio* y el *quadrivio* de las antiguas disciplinas liberales, autorizaba en las segundas el estudio de la filosofía y de la lengua de los sarracenos, colmando á unas y otras de privilegios y distinciones<sup>1</sup>. Erigiale esta protección concedida á los mahometanos y á su decadente cultura, en árbitro de la ciencia de aquella raza sometida en gran número al floreciente imperio de Castilla; y más ilustrado que los Abd-er-Rahmanes, lejos de extinguirla por medio de la fuerza, intento ensayado cuatro siglos antes respecto de la lengua hablada por los mozárabes<sup>2</sup>, no solamente patrocinaba en Toledo y Sevilla á sus más doctos varones, sino que estableciendo ya cierto comercio intelectual entre los vasallos mudejares y los cristianos, atendía á estimular en los últimos, con el ejemplo de los primeros, el verdadero amor de las ciencias y de las letras. En vez de esparcir al viento las reliquias de aquella civilización, conducida á lastimosa ruina por el sangriento furor de civiles disturbios; en vez de seguir la poco humanitaria política de los Califas cordobeses, recogía el Rey Sabio benévolo y generoso aquellos preciosos restos, y fija la vista en lo porvenir, convertíalos á la ilustración de su pue-

<sup>1</sup> La ley V del título XXXI de la Partida II define de este modo los *Estudios generales*: «Dicen *Estudio General* [aquel] en que ha maestros de las artes, así como de gramática, et de lógica, et de arismética, et de geometría, et de música, et de astronomía et otrosi en que ha maestros et señores de leyes; et este estudio debe ser establecido por mandado de papa, ó de emperador ó de rey». Don Alfonso decía en el privilegio otorgado á Sevilla en 8 de diciembre de 1254, después de calificar con las palabras trascritas en el texto las escuelas referidas: «Et mando que los maestros et los escolares que vinieren hy al estudio, que vengan salvos et seguros por todas las partes de mis regnos et por todo mio señorío, con todas sus cosas, et que non den portadgo ninguno de sus libros nin de sus cosas que troxieren para sí et que estudien et vivan seguramente et en paz en la cibdat de Sevilla. Et mando et deffiendo firmemente que ninguno non sea ossado de faerles fuerza, nin tuerto, nin demas: ca qualquier que lo fiçiere auria mi yra é specharmíe en cotto mill maravedis, et á ellos todo el danno doblado» (*Memorial Histórico* de la Real Academia de la Historia, tomo I, pág. 54). Estas seguridades y exenciones comprendían pues al *Estudio arábigo* lo mismo que al *latino*.

<sup>2</sup> Véase el cap. XII de la I.<sup>a</sup> Parte.